

Código

14553

Ciclo introductorio de ciencias sociales

Materia: Comprension y produccion de textos para las ciencias sociales y humanidades

Tema: Anexo 2018

Docente: Indefinido,

Autor:

Editorial:

Abrir la cancela

Por John Berger

El techo del dormitorio está pintado de azul pálido. De los dos grandes ganchos oxidados que sobresalen de las vigas colgaba los chorizos y los jamones el campesino que habitó la casa en tiempos. Ésta es la habitación en la que estoy escribiendo. Por la ventana se ven unos ciruelos viejos cuyos frutos empiezan a tener un intenso azul oscuro, y detrás, la colina más cercana, la primera estribación de las montañas.

Temprano esta mañana, cuando todavía no me había levantado, entró una golondrina, dio una vuelta al cuarto, se dio cuenta de su error y volvió a salir por la ventana; sobrevoló los ciruelos y se posó en el cable del teléfono. Cuento este pequeño incidente porque me parece que guarda cierto paralelismo con las fotografías de Pentti Sammallahti. Éstas también son infrecuentes, como la golondrina en el dormitorio.

Hace dos años que tengo estas fotos en casa. Las saco muchas veces de la carpeta donde las guardo y se las enseño a los amigos que pasan. Primero se quedan boquiabiertos y luego las observan detenidamente, sonriendo. Miran los lugares fotografiados durante mucho más tiempo del que es normal mirar una fotografía. A veces me preguntan si conozco a Pentti Sammallahti. O en qué parte de Rusia fueron tomadas. Cuándo. Nunca intentan dar palabras al evidente placer que les producen. Se limitan a contemplarlas y a recordar. ¿Qué recuerdan?

En todas las imágenes hay un perro, por lo menos. De esto no hay duda, y podría ser un truco sin más. Pero, en realidad, los perros están ahí para darnos la llave que abre la puerta. No, no la puerta; la cancela de un jardín, pues en ellas todo está fuera, fuera y más allá.

También observo que todas las fotos tienen una luz especial, una luz determinada por el momento del día o la estación. E, invariablemente, es la luz en la que están al acecho las figuras; al acecho de animales, de nombres olvidados, de un sendero de vuelta a casa, del nuevo día, del sueño, del siguiente camión, de la primavera. Es una luz en la que no hay permanencia; la luz de lo que no dura más que un vistazo. Esta luz es otra llave que también abre la cancela.

Las fotos fueron tomadas con una cámara panorámica, de las que se usan normalmente en los estudios geológicos. El gran angular no es aquí importante sólo por razones estéticas, sino también, como en el caso de la geología, por razones científicas, relacionadas con la observación. Una lente de menor angular no hubiera captado lo que veo yo ahora, de modo que hubiera permanecido invisible. ¿Qué veo?

En la vida diaria realizamos un intercambio constante con la inmensa serie de apariencias que nos rodean: a veces son muy conocidas; a veces son inesperadas y nuevas, pero siempre nos confirman en nuestras vidas. Y aunque sean inquietantes, no dejan de hacerlo: la visión de una casa en llamas, por ejemplo, o la de un hombre acercándose a nosotros con un cuchillo entre los dientes, no deja de recordarnos (perentoriamente) nuestra vida y su importancia. Lo que vemos habitualmente nos confirma.

Pero puede suceder que, de pronto, inesperadamente, y con mucha frecuencia en la media luz de las miradas furtivas, columbremos otro orden visible que se cruza con el nuestro y no tiene nada que ver con él.

La velocidad de una película de cine es de 25 fotogramas por segundo. Dios sabe cuántos fotogramas se suceden en nuestra percepción diaria. Pero es como si en los breves momentos de los que hablo, de pronto, para nuestro desconcierto, fuéramos capaces de ver entre dos fotogramas y nos topáramos con algo que no estaba destinado a nosotros. Puede que estuviera destinado a las aves nocturnas, a los renos, a los hurones, a las anguilas, a las ballenas...

El orden visible al que estamos acostumbrados no es el único: coexiste con otros. Los cuentos de hadas, de fantasmas y de ogros eran un intento humano de reconciliarse con esta coexistencia. Los cazadores siempre lo tienen en cuenta, y por eso son capaces de leer signos que nosotros no vemos. Los niños lo perciben intuitivamente, porque les gusta esconderse detrás de las cosas, y desde allí descubren los intersticios existentes entre las diferentes gamas de lo visible.

Los perros, con sus rápidas patas, su aguzado olfato y su desarrollada memoria para los ruidos, son por naturaleza expertos en las fronteras entre los diferentes órdenes visibles, expertos conocedores de estos intersticios. Sus ojos, cuyo mensaje suele confundirnos porque es urgente y mudo, están adaptados tanto al orden humano como a los otros órdenes visibles. Por eso, tal vez, en tantas ocasiones y por tantas razones distintas, adiestramos a los perros como guías.

Probablemente fue el perro el que guió al gran fotógrafo finés hasta el momento y el lugar en los que tomó estas fotografías. En todas ellas, el orden humano está siempre a la vista, pero ha dejado de ocupar un lugar central y se aleja sigilosamente. Los intersticios están abiertos.

El resultado es inquietante: hay más soledad, más dolor, más abandono. Pero al mismo tiempo, hay una expectación que yo no he vuelto a experimentar desde la infancia, desde que hablaba con los perros, escuchaba sus secretos y me los guardaba para mí.

Tomado de *El tamaño de una bolsa*, de John Berger
Traducción de Pilar Vázquez.
Editorial Taurus. Pensamiento.

La biblioteca que esperó 40 años bajo tierra

Por Juan Carlos Simo

Diario *La voz*, 8 de agosto de 2017

(La edición digital de este artículo viene acompañada con un video. Se recomienda mirarlo en: <http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/la-biblioteca-que-espero-40-anos-bajo-tierra>)

Antes de exiliarse en 1976, dos estudiantes ocultaron los libros que los ponían en riesgo. Con el Equipo Argentino de Antropología Forense, artistas y académicos los recuperaron.

Durante 40 años, la familia caminó sobre ese misterio que se escondía en el patio de la casa de barrio Villa Belgrano.

El escenario fue mutando: quedaron dos de los tres pinos que había cuando escondieron los libros que no podían mostrar porque ponían en riesgo sus vidas. Creció el césped, pasaron lluvias y sequías. Hubo un exilio y un regreso. Hubo celebraciones y asados en la parrilla cercana al escondite, crecieron los hijos y, durante todo ese tiempo, aun sabiendo que eso estaba ahí, la vida continuó.

Hubo una muerte en la familia. Un nacimiento. Y el último verano, después de buscar y de excavar por muchos lugares, la encontraron. Ahí estaba la biblioteca: los libros brotaban como tesoros arqueológicos de la entraña del patio. Cada libro era en sí mismo único, porque el tiempo escribió sobre ellos, así como sobre quienes hoy los leen.

En la casa de Dardo Alzogaray y Liliana Vanella, los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) que conforman el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) sentían que, por primera vez, buscaban algo que no fueran restos óseos, después de años de investigaciones en el predio militar de La Perla.

Se habían sumado convocados por Tomás Alzogaray Vanella, el hijo de la pareja que ocultó los libros antes de exiliarse en México por la dictadura, y por Gabriela Halac y Agustín Berti. El trío formó un equipo interdisciplinario de artistas e investigadores para rastrear esa biblioteca o lo que quedara de ella.

Dardo Alzogaray, historiador y docente del Escuela de Artes de la UNC, falleció en septiembre de 2016. En 2014, había sido entrevistado por su hijo Tomás y por Halac, quienes buscaban comprender la suerte de los libros y de su trama simbólica.

“Yo siempre pensaba que los iba a recuperar. Enterrarlos, guardarlos y no quemarlos era pensar que los iba a recuperar”, dijo Dardo en 2014.

En el calor del 7 de enero, los tres investigadores, los antropólogos y el fotógrafo Rodrigo Fierro –a cargo de la documentación de todo el proceso– comenzaron a excavar el patio. Primero, en un lugar equivocado; y, después de releer las entrevistas, cerca del pozo de cal que Dardo y Liliana habían elegido para depositar parte de sus libros,

algunos discos de vinilo entre 1975 y 1976. “La memoria con el tiempo se va moviendo”, reflexiona hoy Tomás, con su hija de 9 meses en brazos.

“Había sospechas de que no quedara nada. Habíamos consultado con un especialista del suelo, quien nos dijo que quizá se había irradiado del todo. Por todas esas especulaciones, no teníamos la expectativa de un hallazgo tan contundente como el que iba a suceder”, recuerda Berti.

Búsqueda experta

Los miembros del EAAF utilizaron técnicas arqueológicas para delimitar el terreno hasta que descubrieron que había algunos cambios en suelo. El 10 de enero, hicieron un sondeo exploratorio y se toparon con el primero de los 16 paquetes que estaban bajo tierra, a la espera de reaparecer. El 11 de enero completaron la tarea, luego de remover, calculan, unas cuatro toneladas de tierra.

Yamila de la Arada, estudiante de Antropología y miembro del EAAF, recuerda que fue una experiencia intensa, pero de una naturaleza distinta a la que tuvieron en la Ochoa, donde hallaron restos de desaparecidos. “Era muy claro el intento de preservación de los libros, envueltos en bolsas, con cintas como moños”, dijo.

Dardo y Liliana eran militantes de la Línea de Acción Popular, agrupación universitaria parte de la izquierda socialista. En las vísperas del golpe, estaban construyendo su casa en Villa Belgrano y, una tarde, cuando estaban en compañía de un amigo cuyo hermano había sido asesinado, observaron con terror que un camión militar se acercaba hasta ellos. Un efectivo les preguntó por un vecino, pero dijeron desconocerlo, entendiéndolo que iban a allanarlos.

Después, comenzaron a ocultar libros como Cartas desde la cárcel, de Antonio Gramsci, y otros de literatura marxista, en el pozo, cuidando especialmente protegerlos con bolsas de nailon. Hasta idearon con ladrillos un sistema de filtrado, por si alguien tiene dudas de que querían recuperar esos libros.

El exilio

Primero, se fue Dardo. Luego, Liliana y Tomás, por entonces bebé. En México, nació Melina. Pasaron los años y con el retorno democrático, gracias a un programa de la ONU, volvieron. Por supuesto que intentaron recuperar los libros, que habían permanecido en silencio bajo tierra durante su ausencia. Los familiares que ocuparon esa casa durante los años del exilio no sabían nada. Podrían haber estado en riesgo.

Dardo y Liliana excavaron el patio y buscaron unos libros, pero se cruzaron con fragmentos en descomposición y se asustaron. En una época de tantas pérdidas por la dictadura, también parecía que habían extraviado ese tesoro.

No quisieron saber nada más y taparon el pozo. Siguió la vida y su actividad en la Universidad. Crecieron sus hijos. Y las preguntas sobre el misterio enterrado también.

Tomás, con Gabriela y Agustín, obtuvieron fondos de Plataforma Futuro, del Ministerio de Cultura de la Nación, para indagar sobre esa biblioteca, sobre los libros y sus sentidos. Y fueron armando el equipo que sacó a la luz esos volúmenes que, como las personas sobre la superficie, habían seguido viviendo y cambiando.

La recuperación de los libros abrió una nueva inquietud. ¿Qué hacer con ellos? Y otras preguntas más profundas como: ¿son realmente libros? Cuando Dardo y Liliana los compraron, más de cuatro décadas atrás, había muchos otros como ellos. Pero ¿cuántos hay hoy como estos objetos, recuperados de un pozo de 40 años, que tienen tatuado todo un proceso histórico en su superficie, y que son en sí mismos objetos únicos, artísticos, concentración material de una etapa de la historia argentina?

Nuevos sentidos

Tras consultar a distintos especialistas en conservación de papel y archivistas, los investigadores decidieron dejarlos tal cual los recuperaron, para que preservaran el testimonio de una época y de la historia familiar.

“Decidimos conservarlos como paquetes. Recuperar la información de ese libro era destruir la información de la destrucción de ese libro”, dice Gabriela Halac.

Hoy, mientras preparan la presentación del libro que escribieron sobre toda esta aventura, los investigadores trasladan con muchísimo cuidado cada uno de los paquetes y los disponen para las fotografías de estas páginas. Sostienen los objetos con solemnidad. En sus manos está un testimonio de la violencia política de la década de 1970 y también de la lucha por la construcción de la memoria.

Presentación de “La biblioteca roja”. El próximo lunes a las 19, en la sede de Documenta/Escénica (Lima 364), Agustín Berti, Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella presentan La biblioteca roja. Brevíssima relación de la destrucción de los libros, donde reconstruyen la recuperación de los libros de Dardo Alzogaray y Liliana Vanella.

El texto original de este artículo fue publicado el 08/08/2017 en la edición impresa del diario.

La biblioteca roja: la historia de los libros que estuvieron 40 años enterrados en Córdoba

Por Gabriela Origlia

Diario *La Nación*, 31 de agosto de 2017

Dos artistas, un investigador y el Equipo Argentino de Antropología Forense excavaron para recuperar una centena de volúmenes escondidos por una familia antes de partir al exilio.

CORDOBA.- Artistas, investigadores e integrantes del Equipo Argentino de Antropología Forense confluyen en "La biblioteca roja", un libro que cuenta -y muestra- el proceso de excavación y recuperación de un centenar de libros enterrados por la familia Alzogaray Vanella entre fines de 1975 y comienzos de 1976, antes de irse exilada a México. Regresó ocho años después; y, en la búsqueda, apareció un volumen deshecho. La decisión fue abandonar.

Las casualidades (y causalidades) reunieron a Gabriela Halac, fundadora del espacio de producción, formación e investigación artística DocumentA/Escénicas, y a Tomás Alzogaray Vanella, artista plástico, actor y docente, hijo de la familia de los libros enterrados.

Ella ya había trabajado con la historia de su papá que, en 1963, quemó su biblioteca. "Era militante de la Juventud Comunista y después de un primer allanamiento, hizo la quema", cuenta a LA NACION.

Alzogaray Vanella -quien había regresado a México por sus lazos de infancia- venía dándole vueltas al tema de la biblioteca enterrada: "Siempre fue parte de mi historia; era muy fuerte la imagen de mi papá, cuando volvimos a la Argentina, desenterrando y hallando objetos que ya no eran libros. Fue muy significativo desde siempre".

En el 2014 Halac y Alzogaray Vanella empiezan con una serie de entrevistas -siempre en el patio- a Dardo y Liliana, quienes le cuentan la historia, cómo enterraron los libros, la relación que había en esa época con la biblioteca. Por ejemplo, el tiempo que dedicaban a buscar determinados títulos; el rescatar los de un amigo que no regresaba después de una marcha, cómo esos volúmenes circulaban entre ellos.

"Había un fuerte vínculo entre ideología, política y libros", describe Halac. Del relato surge que en los allanamientos "no había claridad en lo que se buscaba; se llevaban lo que daba 'sensación de peligrosidad'".

A Alzogaray Vanella lo conmueve cómo su mamá conservó algunos libros de poesía de Oliverio Girondo "aun cuando era una manera de jugarse la vida".

Los artistas diseñaron el proyecto "Biblioteca roja. Brevísimas relaciones de la destrucción de los libros" -jugando con el título Brevísimas relaciones de la destrucción de las Indias de Bartolomé de las Casas- y sumaron Agustín Berti, un investigador del Conicet que estudia materialidad e inscripción. Contactaron al Equipo de Antropología

Forense (con reconocimiento mundial por recuperar e identificar los restos de víctimas de violaciones a los derechos humanos), para que los ayudara en la excavación.

Alzogaray Vanella insiste en que estaban decididos a excavar pero "más como un gesto, como una acción de reivindicación, que con la intención de encontrar algo". El hallazgo de su padre de libros deshechos era un antecedente que los condicionaba. El proyecto es seleccionado en el programa "Plataforma Futuro" del Ministerio de Cultura de la Nación.

Empezaron a cavar (el patio había sufrido varias modificaciones); movieron unas cinco toneladas de tierra del patio y, finalmente, dieron con el pozo de cal. Fue una excavación rigurosa, con características arqueológicas.

FOSA DE LIBROS

"El pozo estaba intacto -continúa Halac- era como una fosa común; con los libros envueltos en bolsas de plástico y atados. Agrupados por tamaño". Dardo murió unos meses antes del hallazgo y Liliana se ausentó intencionalmente esos días.

"Ella lo vio desde otra perspectiva, no como nosotros que lo interpretábamos como un acto extraordinario; nos movía la inquietud de ver qué había. Fue muy fuerte abrir el pozo y encontrarlos. El desenterramiento fue muy movilizador", relata el hijo.

Todo el trabajo se plasmó en otro libro, "La biblioteca roja", que se presentó acompañado por los volúmenes recuperados. Los artistas sostienen que "condensan discursos, los atraviesan, son objetos de cultura y de culto, testigos de una generación".

La mayoría de los libros recuperados están en buenas condiciones, pero otros mutaron en su composición; los paleontólogos los definen como "material meteorizado". Halac sostiene que se convirtieron en lectores de una "biblioteca fantasma; lo que se podía leer en estos libros ya no está, pero 'qué otras cosas se pueden leer'".

En Córdoba hay otra historia significativa relacionada a las "bibliotecas perseguidas", la de Salomón Gerchunoff, abogado del Partido Comunista, quien estuvo secuestrado y pasó por el centro clandestino La Perla. Ocultó sus libros detrás de una pared en su casa que terminó vendida. Seis años después de que el muriera, en 2008, los hijos contactaron al nuevo dueño de la vivienda y recuperaron los cientos de texto. Todo está en el documental "La casa de los libros perdidos".

“La biblioteca roja: la historia de los libros que estuvieron 40 años enterrados en Córdoba”, en Diario *La Nación* digital:

<http://www.lanacion.com.ar/2057986-la-biblioteca-roja-la-historia-de-los-libros-que-estuvieron-40-anos-enterrados-en-cordoba>

oLa biblioteca roja

Diario *Página 12*, 27 de marzo de 2017

El proyecto en el que está embarcada Gabriela Halac empezó cuando se reunió con el artista Tomás Alzogaray. “El se enteró que yo estaba trabajando tangencialmente con la quema de la biblioteca que hizo mi padre en el año 63. Tomás me contó que sus papás habían enterrado una biblioteca en 1976, antes de exiliarse. Sus padres eran historiadores y enterraron los libros que consideraban peligrosos, eran libros marxistas; por eso al principio hablábamos del proyecto como ‘la biblioteca roja’”, cuenta Halac. En 2014 entrevistaron a los padres de Alzogaray y diseñaron un proyecto que se llama Brevísima relación de la destrucción de los libros –jugando con el título Brevísima relación de la destrucción de las Indias de Bartolomé de las Casas–, en el que incluyeron a Agustín Berti, un becario del Conicet que estudia materialidad e inscripción. “Entre los tres contactamos al Equipo de Antropología Forense y le preguntamos si se podía pensar una biblioteca como una fosa común también. Queríamos saber si no les parecía muy descabellado nuestro planteamiento”.

– **¿Y qué les dijeron?**

–Nos dijeron que sí, que les parecía una buena propuesta y que nos iban ayudar. El 7 de enero hicimos la excavación. No teníamos ninguna esperanza de encontrar los libros porque pensábamos que después de 40 años no había nada. Seguíamos trabajando con la idea de vacío. Estuvimos dos días cavando sin encontrarlos, a pesar de que es el patio de una casa. Y volvimos a los testimonios y en un momento la madre da un testimonio mucho más concreto y encontramos el pozo de cal donde estaban enterrados los libros, después de una semana de búsqueda y con 45 grados de calor a la sombra, con ocho personas cavando y un fotógrafo registrando todo. Empezamos esto como niños que buscan un tesoro y cuando vimos una cantidad de libros acostados sobre la tierra, que habían soportado más de 40 años el peso de un metro de tierra por encima de ellos, envueltos en materiales de plástico de distintos colores, fue un shock.

– **¿Cómo están los libros?**

–Mucho del material mutó su composición, estuvimos consultando especialistas de distintas áreas y el paleontólogo nos dijo que era un material meteorizado que perdió su condición inicial. La otra mitad se puede abrir, pero la pregunta que nos hacemos es si tratar de recuperar la condición inicial de esos libros no estaría destruyendo el testimonio de lo que vivieron esos libros debajo de la tierra. Es increíble todo lo que apareció a partir de ahí y de la pregunta qué es lo que se puede leer en esos libros hoy. Nos estamos convirtiendo en lectores de esa biblioteca fantasma. Lo que se podía leer en estos libros ya no está, pero la pregunta es qué otras cosas se pueden leer. ¿Cuál es el texto que surge a partir de esto? Somos muy delirantes y queremos ser los desenterradores de bibliotecas en el país.

En versión digital: <https://www.pagina12.com.ar/28114-la-biblioteca-roja>

Manifiesto Liminar

*La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América
Manifiesto de la Federación Universitaria de Córdoba – 1918*

Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resultado llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta, porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y porque era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contra-revolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y -lo que es peor aún- el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así el fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la Ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un raptó fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Nuestro régimen universitario -aún el más reciente- es anacrónico. Está fundado sobre una especie del derecho divino: el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el demos universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de Autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios, no solo puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la substancia misma de los estudios. La autoridad en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: Enseñando. Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden. Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en todo caso, amparar un régimen cuartelario, pero no a una labor de Ciencia. Mantener la actual relación de gobernantes a gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos. Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales. Los gastados resortes de la autoridad que emana de la fuerza no se avienen con lo que

reclama el sentimiento y el concepto moderno de las universidades. El chasquido del látigo sólo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes. La única actitud silenciosa, que cabe en un instituto de Ciencia es la del que escucha una verdad o la del que experimenta para crearla o comprobarla.

Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de Autoridad que en estas Casas es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa-dignidad y la falsa-competencia.

Ahora advertimos que la reciente reforma, sinceramente liberal, aportada a la Universidad de Córdoba por el Dr. José Nicolás Matienzo, sólo ha venido a probar que el mal era más afligente de los que imaginábamos y que los antiguos privilegios disimulaban un estado de avanzada descomposición. La reforma Matienzo no ha inaugurado una democracia universitaria; ha sancionado el predominio de una casta de profesores. Los intereses creados en torno de los mediocres han encontrado en ella un inesperado apoyo. Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de una orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son -y dolorosas- de todo el continente. Que en nuestro país una ley -se dice- la de Avellaneda, se opone a nuestros anhelos. Pues a reformar la ley, que nuestra salud moral los está exigiendo.

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante solo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de alma, los creadores de verdad, de belleza y de bien.

La juventud universitaria de Córdoba cree que ha llegado la hora de plantear este grave problema a la consideración del país y de sus hombres representativos.

Los sucesos acaecidos recientemente en la Universidad de Córdoba, con motivo de elección rectoral, aclara singularmente nuestra razón en la manera de apreciar el conflicto universitario. La Federación Universitaria de Córdoba cree que debe hacer conocer al país y América las circunstancias de orden moral y jurídico que invalidan el acto electoral verificado el 15 de junio. El confesar los ideales y principios que mueven a la juventud en esta hora única de su vida, quiere referir los aspectos locales del conflicto y levantar bien alta la llama que está quemando el viejo reducto de la opresión clerical. En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presenciado desordenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente. Referiremos los sucesos para que se vea cuanta vergüenza nos sacó a la cara la cobardía y la perfidia de los reaccionarios. Los actos de violencia, de los cuales nos responsabilizamos íntegramente, se cumplían como en el

ejercicio de puras ideas. Volteamos lo que representaba un alzamiento anacrónico y lo hicimos para poder levantar siquiera el corazón sobre esas ruinas. Aquellos representan también la medida de nuestra indignación en presencia de la miseria moral, de la simulación y del engaño artero que pretendía filtrarse con las apariencias de la legalidad. El sentido moral estaba oscurecido en las clases dirigentes por un fariseísmo tradicional y por una pavorosa indigencia de ideales.

El espectáculo que ofrecía la Asamblea Universitaria era repugnante. Grupos de amoraes deseosos de captarse la buena voluntad del futuro rector exploraban los contornos en el primer escrutinio, par inclinarse luego al bando que parecía asegurar el triunfo, sin recordar la adhesión públicamente empeñada, en el compromiso de honor contraído por los intereses de la Universidad. Otros -los más- en nombre del sentimiento religioso y bajo la advocación de la Compañía de Jesús, exhortaban a la traición y al pronunciamiento subalterno. (¡Curiosa religión que enseña a menospreciar el honor y deprimir la personalidad! ¡Religión para vencidos o para esclavos!). Se había obtenido una reforma liberal mediante el sacrificio heroico de una juventud. Se creía haber conquistado una garantía y de la garantía se apoderaban los únicos enemigos de la reforma. En la sombra los jesuitas habían preparado el triunfo de una profunda inmoralidad. Consentirla habría comportado otra traición. A la burla respondimos con la revolución. La mayoría expresaba la suma de represión, de la ignorancia y del vicio. Entonces dimos la única lección que cumplía y espantamos para siempre la amenaza del dominio clerical.

La sanción moral es nuestra. El derecho también. Aquellos pudieron obtener la sanción jurídica, empotrarse en la Ley. No se lo permitimos. Antes de que la iniquidad fuera un acto jurídico, irrevocable y completo, nos apoderamos del Salón de Actos y arrojamos a la canalla, solo entonces amedrentada, a la vera de los claustros. Que es cierto, lo patentiza el hecho de haber, a continuación, sesionada en el propio Salón de Actos de la Federación Universitaria y de haber firmado mil estudiantes sobre el mismo pupitre rectoral, la declaración de la huelga indefinida.

En efecto, los estatutos reformados disponen que la elección de rector terminará en una sola sesión, proclamándose inmediatamente el resultado, previa lectura de cada una de las boletas y aprobación del acta respectiva. Afirmamos sin temor de ser rectificadas, que las boletas no fueron leídas, que el acta no fue aprobada, que el rector no fue proclamado, y que, por consiguiente, para la ley, aún no existe rector de esta universidad.

La juventud Universitaria de Córdoba afirma que jamás hizo cuestión de nombres ni de empleos. Se levantó contra un régimen administrativo, contra un método docente, contra un concepto de autoridad. Las funciones públicas se ejercitaban en beneficio de determinadas camarillas. No se reformaban ni planes ni reglamentos por temor de que alguien en los cambios pudiera perder su empleo. La consigna de "hoy por ti, mañana para mí", corría de boca en boca y asumía la preeminencia de estatuto universitario. Los métodos docentes estaban viciados de un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la Universidad apartada de la Ciencia y de las disciplinas modernas. Las lecciones, encerradas en la repetición interminable de viejos textos, amparaban el espíritu de rutina y de sumisión. Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los

dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la Ciencia. Fue entonces cuando la oscura Universidad Mediterránea cerró sus puertas a Ferri, a Ferrero, a Palacios y a otros, ante el temor de que fuera perturbada su plácida ignorancia. Hicimos entonces una santa revolución y el régimen cayó a nuestros golpes.

Creímos honradamente que nuestro esfuerzo había creado algo nuevo, que por lo menos la elevación de nuestros ideales merecía algún respeto. Asombrados, contemplamos entonces cómo se coaligaban para arrebatarnos nuestra conquista los más crudos reaccionarios.

No podemos dejar librada nuestra suerte a la tiranía de una secta religiosa, no al juego de intereses egoístas. A ellos se nos quiere sacrificar. El que se titula rector de la Universidad de San Carlos ha dicho su primera palabra: "prefiero antes de renunciar que quede el tendal de cadáveres de los estudiantes". Palabras llenas de piedad y amor, de respeto reverencioso a la disciplina; palabras dignas del jefe de una casa de altos estudios. No invoca ideales ni propósitos de acción cultural. Se siente custodiado por la fuerza y se alza soberbio y amenazador. ¡Armoniosa lección que acaba de dar a la juventud el primer ciudadano de una democracia Universitaria!. Recojamos la lección, compañero de toda América; acaso tenga el sentido de un presagio glorioso, la virtud de un llamamiento a la lucha suprema por la libertad; ella nos muestra el verdadero carácter de la autoridad universitaria, tiránica y obcecada, que ve en cada petición un agravio y en cada pensamiento una semilla de rebelión.

La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese pensamiento propio de los cuerpos universitarios por medio de sus representantes. Está cansada de soportar a los tiranos. Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocerle la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa.

La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su Federación, saluda a los compañeros de la América toda y les incita a colaborar en la obra de libertad que inicia.

21 de junio de 1918

Enrique F. Barros, Horacio Valdés, Ismael C. Bordabehere, presidente.
Gurmensindo Sayago, Alfredo Castellanos, Luis M. Méndez, Jorge L. Bazante,
Ceferino Garzón Maceda, Julio Molina, Carlos Suárez Pinto, Emilio R. Biagosch,
Angel J. Nigro, Natalio J. Saibene, Antonio Medina Allende, Ernesto Garzón.

Se presenta el libro “La biblioteca roja. Brevísima relación de la destrucción de los libros”

El lunes 14 de agosto se presentará esta obra que relata la indagación realizada por Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella en torno al destino de las bibliotecas de sus padres durante la última dictadura militar, en una búsqueda a la que luego se sumó Agustín Berti.

(Texto extraído del portal de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba. En digital: <http://artes.unc.edu.ar/se-presenta-el-libro-la-biblioteca-roja-brevisima-relacion-de-la-destruccion-de-los-libros/>)

“La biblioteca roja. Brevísima relación de la destrucción de los libros” de Tomás Alzogaray Vanella, Gabriela Halac y Agustín Berti recupera la búsqueda de parte de la biblioteca de Liliana Vanella y Dardo Alzogaray, la cual fue enterrada por sus dueños en el patio de la casa en el contexto del último golpe de estado, antes de partir hacia el exilio. El libro se presentará el lunes 14 de agosto a las 19 hs. en DocumentA/Escénicas (Lima 364).

La indagación de los autores del libro, editado por DocumentA/Escénicas, se constituye a su vez en un importante aporte para mantener viva la memoria de Dardo, quien fue docente, vicedecano y un miembro muy querido por toda la comunidad de la Facultad de Artes.

Entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, Liliana Vanella y Dardo Alzogaray enterraron parte de su biblioteca en un pozo de cal en el patio de la casa en la ciudad de Córdoba. En agosto, a meses del golpe de Estado, Dardo se exilió en México. Liliana y su hijo Tomás lo siguieron en diciembre. Ocho años más tarde, bajo un programa de repatriación de exiliados de Naciones Unidas, regresaron al país. Una vez instalados en la casa, comenzaron a cavar en distintos lugares del patio procurando dar con el viejo pozo de cal. Luego de algunos intentos fallidos, Dardo encontró una bolsa. Dentro había un libro deshecho por la humedad. Decidieron cerrar el pozo y dar la biblioteca por perdida.

Treinta años después, Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella comenzaron una indagación en torno al destino de las bibliotecas de sus padres, al que tiempo después se sumó Agustín Berti. La excavación del patio de los Alzogaray Vanella comenzó los primeros días de enero de 2017, con ayuda de miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense. La semana de trabajo, removiendo más de cuatro toneladas de tierra, hasta dar con el pozo de cal, fue registrado por Rodrigo Fierro. Un metro y medio bajo tierra, detrás de tres pinos, se hallaron dieciséis paquetes.

En la presentación del libro se expondrán algunos de los paquetes hallados y se proyectarán imágenes de la excavación. En un espacio contiguo se tomará testimonio de otras bibliotecas enterradas que los asistentes puedan conocer.

Historia del proyecto

La biblioteca roja nació como un proyecto colectivo. El camino recorrido por cada integrante del equipo se fue adquiriendo nuevos sentidos a medida que se avanzaba. **Gabriela Halac** (1972), artista, escritora y editora. Fundadora del espacio de producción, formación e investigación artística DocumentA/Escénicas, está a cargo de la dirección del proyecto editorial, que aborda la producción del libro como práctica artística contemporánea. Su producción artística gira en torno a los diferentes abordajes de las problemáticas de la memoria. Hacia 2013, estaba trabajando sobre la biblioteca que su padre había quemado cuando Tomás, un amigo que hacía poco había regresado de México, le contó la historia de los libros que sus padres, Liliana y Dardo, habían enterrado antes de irse al exilio.

Tomás Alzogaray Vanella (1976) es artista plástico y actor, docente y, desde 2015, dirige La Carpintería Centro Cultural. Su obra revisa la experiencia del exilio familiar en los '70 y los traumas del periodo dictatorial. Ambos comenzaron a revisar juntos las historias de las bibliotecas de sus padres e llevaron a cabo entrevistas que serían centrales para la búsqueda que se iniciaba.

En la primavera de 2016, sumaron un tercer miembro, **Agustín Berti** (1978), profesor de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba, ensayista e investigador de CONICET que había trabajado sobre las dimensiones materiales de la escritura y el futuro del libro como objeto. Con Tomás se conocen desde niños y tiene también una larga relación de amistad con el resto de su familia. A partir de ese equipo ya constituido, nace el proyecto *Brevísima relación de la destrucción de los libros* que resulta seleccionado por el programa Plataforma Futuro del Ministerio de Cultura de la Nación.

En esta segunda etapa, los tres funcionan como articuladores de los aportes de un vasto grupo de colaboradores que contribuyen a la planificación y excavación en el patio de los Alzogaray Vanella, el registro del acontecimiento, de los hallazgos y la evaluación de los posibles destinos de la biblioteca desenterrada. Ese grupo incluye a los dueños de la biblioteca, Dardo Alzogaray y Liliana Vanella, al fotógrafo Rodrigo Fierro, a miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense, del Centro Regional para la Conservación y Preservación del Patrimonio Cultural en Obras sobre Papel, del Archivo de la Memoria de la Provincia de Córdoba, a los científicos Santiago Druetta y Cristian Schulthess, y al sociólogo Alejandro Dujovne.

Se presentó en Córdoba el libro La Biblioteca Roja

“Tanto los huesos como los libros nos hablan de alguien”

Por Silvina Frieria

Diario *Página 12*, 16 de agosto de 2017

El trabajo de Agustín Berti, Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella reúne fotografías y testimonios del desentierro, por parte del Equipo Argentino de Antropología Forense, de la biblioteca que una familia había decidido proteger del horror de la dictadura.

Desde Córdoba

Excavar y remover más de cuatro toneladas de tierra. El clima no ayuda: a la sombra hace 47 grados, los primeros días de enero de este año. “Algo tiene que haber” – asegura el entrenado Equipo Argentino de Antropología Forense– detrás de los tres pinos de esa casa en Villa Belgrano, en el noroeste de la ciudad de Córdoba. Liliana Vanella y Dardo Alzogaray, una pareja de historiadores, habían enterrado parte de su biblioteca en el patio entre diciembre de 1975 y marzo de 1976. No querían quemarlos, práctica tan frecuente como efectiva para deshacerse de los textos considerados peligrosos y no dejar rastros. Necesitaban protegerlos, esconderlos, preservarlos de la represión y el terror. Los libros podían pasar a la clandestinidad, pero no se exiliaban. Salvar esos libros y salvar sus vidas era lo mismo. Después de ocho años en México, la familia regresó al país. Luego de algunos intentos fallidos, Dardo cavó y encontró una bolsa con un libro deshecho por la humedad. Decidieron cerrar el pozo y dar la biblioteca por perdida. Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella, unidos por la misma indagación en torno al destino de las bibliotecas de sus padres, empiezan a trabajar juntos: entrevistan a Dardo –que murió en septiembre de 2015– y a Liliana, y aventuran la posibilidad de exhumar los libros. Se une al proyecto Agustín Berti. A un metro y medio bajo tierra se encontraron dieciséis paquetes. La Biblioteca Roja. Brevísima relación de la destrucción de los libros, publicado por Ediciones DocumentA/Escénicas, es un libro extraño, inclasificable en su bellísima y anómala rareza, como si fuera un dispositivo escénico que construye, narra y ensaya procedimientos de transmisión de experiencias complejas e intensas.

¿Un libro tierra es un libro?

Más de 250 cincuenta personas recorren las vitrinas de la sala donde se exhiben algunos de los paquetes encontrados, previo a la presentación en la sala DocumentA/Escénicas, de la que participan Halac, Berti, Alzogaray Vanella, Liliana Vanella y Alejandro Dujovne. Una de las tapas, la “mejor” conservada o la menos deteriorada, permite establecer que es un ejemplar de Cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci, publicado por la editorial Lautaro. “Intento escribir lo que veo: paquetes de

tierra, atravesados por raíces, pegados a una base de ladrillos, aplastados y amalgamados al suelo, varios de ellos meteorizados, otros en bloque prometen algo de papel”, plantea Halac en uno de los textos de La Biblioteca Roja. “¿Qué es un libro que no se puede leer? ¿Un libro tierra es un libro? ¿Un libro raíz es un libro? No alcanza el lenguaje para la descripción. Es una especie conocida pero transmutada”, agrega la escritora y editora. Dujovne lanza una pregunta al principio de la presentación: “¿Qué es un libro? ¿Qué significados tienen los libros en las vidas de las personas? Los libros cambian de sentido en función del tiempo en que se leen, quiénes los leen y la edad que uno tiene. Los libros eran peligrosos porque tenían una potencia transformadora, por eso necesitaban ser destruidos”.

Halac comenta que su padre quemó una biblioteca y reconstruye los primeros pasos de este proyecto, que fue seleccionado por el programa Plataforma Futuro del Ministerio de Cultura de la Nación. “Cuando me enteré de que se habían quemado unos libros en el Archivo Provincial de la Memoria en 2010, me impactó mucho. El libro se llama La búsqueda y era una entrevista a Charlie Moore. Ya desde el oficio de editora sentí que no era algo del pasado. Todavía nos quedaremos con la intriga de si la quema fue intencional o no, pero en mí activó un sentido de alerta. El encuentro con Tomás y la historia que me contó me generó el fervor por lo testimonial –reconoce la editora–. Antes de fantasear con desenterrar los libros, primero fuimos a buscar los testimonios de Dardo y Liliana. Cuando se sumó Agustín al proyecto, su mirada fue importantísima para poder darle otra perspectiva. Cuando fuimos a preguntarle a Darío Olmo si podíamos hacer un desentierro vinculado al tipo de trabajo que hacían desde el Equipo Argentino de Antropología Forense, lejos de espantarse nos alentó y nos dijo que consideraba que era de gran importancia hacerlo”.

Libros como cuerpos

Ana Sánchez es una de las antropólogas forenses que participó de la excavación junto con Anahí Ginarte, Yamila de la Arada, Flavia Moreyra y Pedro Muller. “Excavar la biblioteca significó desde un primer momento el encuentro con una experiencia nueva, impensada. Significó tratar esos libros como cuerpos. Exhumar la biblioteca de una persona es, en última instancia, similar a desenterrar los restos de alguien que eventualmente ‘desapareció’: tanto los huesos como los libros nos hablan de alguien, de una identidad compleja, emocional, política y social. Es el descubrimiento per se el que tiene ese valor socio-político que excede cualquier significado que pudieran otorgarle sus parientes o sus dueños”, reflexiona Sánchez en un breve texto incluido en el libro. “Desde que nos reunimos para planear la excavación hasta que la terminamos, e incluso hoy que escribo, gran parte del trabajo pasó por el lado de la sensibilidad. Pienso: desde la labor forense, uno espera exhumar y encontrar la evidencia de la muerte: huesos. No así, como fue el caso, la vida o la resistencia de los libros, la posibilidad de la restitución de los sentidos construidos en ese material hallado, un sentido que no ha desaparecido, y que se vuelve a ofrecer a nuevas formas de relación y de conocimiento”.

Dujovne define a esta experiencia como “inédita” en varios sentidos. “Que se llamara al equipo de Antropología Forense para el desentierro era impresionante: parecía que desenterraban cadáveres. De hecho cuando vi los libros unos meses atrás no

me animé a tocarlos”, admite el autor de Una historia del libro judío. Agustín Berti, profesor de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Córdoba e investigador del CONICET, revela que cuando comenzó “esta aventura ominosa en el fondo del jardín no sabíamos qué podíamos llegar a encontrar”. “Tuvimos varias discusiones sobre qué eran los libros destruidos. Darío Olmo nos decía que toda excavación arqueológica es un fenómeno único, destructivo e irrepetible. A priori uno podía pensar que no era sólo la persecución política la que destruía los libros, sino que nosotros al desenterrarlos los estábamos destruyendo”. Liliana Vanella repite una y otra vez que está impresionada por el eco que ha tenido la historia de su biblioteca en distintas generaciones. “Durante los años 74, 75, 76, un gran tema de conversación era qué hacer con los libros por lo que significaban para nosotros. No aceptábamos tener que deshacernos de los libros. Cuando encontramos qué hacer con los libros, que fue enterrarlos en el jardín de la casa, lo que hicimos fue eso: enterrarlos tratando de cuidar las maneras de cómo preservarlos –recuerda-. Después de eso nos tuvimos que ir, a fines del 76. Cuando volvimos en el 84 a buscar los libros, ya estaban muy deteriorados. Los encontramos, sacamos un paquete y cuando vimos que no estaban para ser usados, los volvimos a enterrar y ahí quedaron”. Vanella confiesa que le impresiona cómo han reaccionado las generaciones más jóvenes. “Me doy cuenta de que es un legado que tal vez nosotros como generación lo pasamos por alto. ¿Cuántas veces en estos treinta años nos hemos dedicado a hablar de nuestros libros? Son estos chicos los que nos hacen hablar”.

–Me parece que ustedes estaban preocupados por otras cosas–, interviene Halac. Poder desenterrar los libros es formar parte de esa memoria, es una oportunidad que tenemos de ir a buscarla con las manos también.

Diario de la excavación

Alzogaray Vanella admite que al principio se sentía un poco Indiana Jones. “Los primeros dos días empezó siendo una experiencia divertida, pero a medida que fuimos abriendo surcos en la tierra, empezaron a emanar otras cosas. Yo estaba superado emocionalmente, enojado y feliz, cuando encontramos la fosa. Planté bandera: ‘esto no se mueve de acá, no lo sacamos’, fue una de las tantas discusiones hermosas y profundas que tuvimos durante este proceso. Esto es lo que tenemos: si alguien quiere ver, tiene que venir acá y pondremos un vidrio y encontraremos la manera de que se preserve desde aquí. Eso generó confusión porque estábamos para desenterrar, no para dejar eso ahí”, dice el artista plástico y actor. Halac comparte que el momento del hallazgo fue “uno de los más intensos y complejos”. “Este es un proyecto colectivo, pero la biblioteca es una biblioteca privada, que estaba en el patio de la casa de Liliana y Dardo. Cuando están los familiares, uno es una voz extranjera que viene a dar una opinión, pero que no tiene una decisión. Dejarlos así me parecía un acto de crueldad, porque los dejábamos expuestos a su suerte. Si habíamos llegado hasta ahí, teníamos que tomar decisiones. El acto responsable era sacarlos, guardarlos, acogerlos en una nueva vida. Eso era una fosa común, eso tenía otro peso. Mi espíritu práctico me llevaba a tratar de resolver la cuestión”.

Hay una especie de diario de la excavación en La Biblioteca Roja. El cuarto día, el 11 de enero de 2017, Halac escribe: “Pensábamos que en un par de horas de cavar ya habríamos llegado al fondo. Pero no. Hay que hacer el pasillo para poder trabajar y ser más cuidadosos que nunca. Casi al mediodía aparece la imagen del primer paquete. 12:16 dice mi primera foto. Un bulto rosa y otro negro. Digo paquetes porque están envueltos en bolsas de nylon y atados con un hilo azul en forma de cruz. Cada uno parece contener varios volúmenes de libros. Primero vemos dos. Los pinceles van despejando suavemente la tierra. A las 12.19 aparece el tercero. Están acostados y dan la sensación de cuerpo muerto, de fosa común, de compañeros de entierro. Un entierro hecho con mucho cuidado. Me imagino que fue Liliana la que armó los paquetes, la que eligió las bolsas donde pondría los libros, la que puso esos hilos para después poder sacarlos tirando de ellos. Los envoltorios son coloridos: rosa, celeste, negro, beige, naranja. A las 15.31 tomo la foto de la primera imagen que muestra la biblioteca completa. Aparece alguna palabra, ‘citas del presidente Mao’, en un libro que está por fuera”.

Las discusiones del equipo derivaron en diálogos delirantes, como si fueran un sketch de Peter Capusotto. Ni siquiera se ponen de acuerdo dos conservadoras de papel. “Sólo se puede leer el título. Y en esos términos, no son libros, son objetos que están simbolizando una biblioteca que funcionó en un determinado momento, para determinadas cosas, para solaz, para estudio, y que sufrió un proceso: el entierro, el desentierro que volvió a ser entierro... Hay una cuestión afectiva muy grande además de intereses de otro tipo que llevan a desenterrarla pero difícil es que vuelva a funcionar como biblioteca”, opina Noemí Laguzzi. “Para mí no van a dejar de ser libros por más que no se abran, no se lean. Porque forman parte de una biblioteca”, subraya Belén Domínguez. “¿Qué son estos objetos, estos libros? No hay un protocolo de conservación de este tipo de materiales –advierde Halac–. El subtítulo Brevísima relación con la destrucción de los libros es perfecto para definir dónde estamos parados”. La dueña de la biblioteca propone reflexionar acerca de lo público y lo privado. “Qué tan personales eran esos libros de Dardo. Son de la familia, pero también forman parte de una generación. Todos los que éramos estudiantes y teníamos alguna militancia política, estudiantil o social teníamos las mismas preocupaciones. ¿Cuál es el eco que la presentación de este libro tuvo? Es representativo de lo que implicó para aquella generación como problemática de vida. La vida de los libros y la vida nuestra. Nos conmovía el tema de los libros como salvar nuestras vidas. Por eso creo que trasciende los nombres y los apellidos de los que armamos esta biblioteca”.

Versión digital: <https://www.pagina12.com.ar/56855-tanto-los-huesos-como-los-libros-nos-hablan-de-alguien>

X

La Biblioteca Roja

Brevísima relación de la destrucción de los libros

Agustín Berti

Gabriela Halac

Tomás Alzogaray Vanella

A/E

Ediciones DocumentA/Escénicas

7

Entre diciembre de 1975 y marzo de 1976, Liliana Vanella y Dardo Alzogaray enterraron parte de su biblioteca en un pozo de cal en el patio de la casa que estaban construyendo en Villa Belgrano, entonces un barrio de quintas en el noroeste de la ciudad de Córdoba. En agosto, a meses del golpe de Estado, Dardo se exilió en México. Liliana y su hijo Tomás lo siguieron en diciembre. En ese lapso, Liliana continuó la construcción de la casa. Luego distintos parientes y amigos la habitaron sin saber de los libros que habían sido escondidos en el patio.

Ocho años más tarde, bajo un programa de repatriación de exiliados de Naciones Unidas, regresaron al país. Una vez instalados en la casa, comenzaron a cavar en distintos lugares del patio procurando dar con el viejo pozo de cal. Luego de algunos intentos fallidos, Dardo encontró una bolsa. Dentro, había un libro deshecho por la humedad. Decidieron cerrar el pozo y dar la biblioteca por perdida.

Treinta años después, Gabriela Halac y Tomás Alzogaray Vanella comenzaron una indagación en torno al destino de las bibliotecas de sus padres. En ese marco, entrevistaron a Dardo y a Liliana sobre el lugar donde suponían que estaba enterrada la biblioteca, y comenzaron a explorar la posibilidad de desenterrarla. El 29 de septiembre de 2015, falleció Dardo. El 29 de septiembre de 2016, exactamente un año después, Tomás recibió un llamado del Ministerio de Cultura de la Nación que le informó que se les otorgaba un financiamiento para llevar adelante el proyecto, al que poco tiempo antes se había sumado Agustín Berti.

La excavación del patio de los Alzogaray Vanella comenzó los primeros días de enero de 2017, con ayuda de miembros del Equipo Argentino de Antropología Forense. La semana de trabajo, removiendo más de cuatro toneladas de tierra, hasta dar con el pozo de cal, fue registrada por Rodrigo Fierro. Un metro y medio bajo tierra, detrás de tres pinos, se hallaron dieciséis paquetes.

LA VIOLENCIA SOBRE LAS COSAS

Agustín Berti

Enero de 2017

La historia de las cosas es también una historia de violencias. Cada vez que dos culturas se cruzan, por conquista, por azar o por comercio, ahí están, siempre, las cosas. Ánforas de vino, oro a ser rescatado, cruces, espadas, papiros, libros... La lista es tan larga como nuestra historia como especie. Encarnaciones de la inteligencia humana, las cosas son nosotros fuera de nosotros y son, a la vez, el espejo desde el que nuestro interior se va moldeando.

Así como la memoria y el pensamiento se constituyen a partir de olvidos y recuerdos, la cultura se edifica sobre la destrucción y la preservación de distintos artefactos. Hasta que la fotografía, la fonografía y la cinematografía perpetuaran nuestras existencias más allá de nuestra muerte, papel, lienzo y piedra fueron los vehículos de nosotros más allá de nuestros limitados y frágiles cuerpos. Así, cada vez que una cosa desaparece, perece también la memoria de quien encarnaba.

Memoria, preservación, disputa por el recuerdo. La arqueología procura reconstruir un mundo social a partir de los restos. Las tradiciones en disputa son muchas. ¿Qué dicen los restos de los cuerpos? ¿Qué dicen los restos de los objetos que pertenecieron a esos cuerpos? Ante la creciente conciencia de que las cosas son un nosotros fuera de nosotros, la arqueología simétrica se propone tratar del mismo modo a cuerpos y objetos, en un mismo plano. ¿Cómo podemos tratar a los libros que fueron quemados? ¿A los que fueron enterrados? ¿A los que fueron ocultados y nunca pudieron ser encontrados?

De todas las violencias sobre las cosas, los libros, por su larga genealogía, han sido víctimas recurrentes. Hay versiones encontradas sobre la destrucción de la biblioteca de Alejandría. Algunas la sindicaron como parcial, otras como total, alguna como producto de un accidente y otras como atentado: un incendio durante la guerra civil del año 48 antes de Cristo; un ataque del emperador Aureliano en el siglo III; un decreto de

Teófilo, papa copto, a fines del IV; la conquista musulmana de Egipto en el año 642... Estudios más precisos sugieren posibilidades diversas que incluyen destrucciones y reconstrucciones, saqueos y la confusión en las fuentes documentales en torno a los vocablos *bibliothecas* y *bibliotheka* para referirse a depósitos de papiros y bibliotecas.

Desde el siglo IX después de Cristo hasta 1966, bajo diversos instrumentos canónicos, y con eficacia oscilante, el *Index Librarium* de la Iglesia Católica prohibió textos y en sus momentos más intensos llegó a habilitar la persecución, aprisionamiento, tortura y ejecución de autores. Identificar las palabras de un texto impreso con los pensamientos de una persona es, con todo, menos obvio de lo que parece. La propiedad de las abstracciones encarnadas no es un camino tan lineal. En 1643, John Milton publica su *Aeropagítica*, un panfleto en el que reivindica la autoría de los textos y la libertad de expresión. Allí, cuestiona tanto el rédito económico de imprenteros aprovechadores que no reconocían la labor del intelectual, como la censura política previa propiciada por la *Ordenanza de Regulación de la Imprenta* del Parlamento inglés. "Ya que los Libros no son cosas en absoluto muertas, sino que contienen una potencia de vida en ellos que es tan activa como el alma de cuya progenie ellos son; ¡no!, preservan como en un vial la pura eficacia y extracción de aquel intelecto vivo que los crió", afirma en uno de sus pasajes más exaltados. La existencia en potencia de una vida que reside en la abstracción de los caracteres, es, después de todo, lo que motiva el temor a los libros, al fantasma oculto en el caparazón de los lomos.

La conquista de América intensificó las destrucciones de códices y calendarios que las distintas gentes del continente ya venían realizando en sus propios ciclos de expansión militar y posterior decadencia. Ese reflujo español también derivó a Europa los códices *Borbónico*, *Mendocino*, *Boturino* y la *Matrícula de Tributo*. Nuevamente, la permanente disputa entre destrucción y preservación. Sus denominaciones, castizas antes que náhuatl, dicen mucho sobre la dominación ejercida. Algo similar sucede con las culturas mayas, sus códices preservados fueron rotulados bajo los

toponímicos de Madrid, Dresde, París y Grolier (por el Club Grolier de Nueva York).

En su *Apologetica historia sumaria*, Fray Bartolomé de las Casas lamenta la destrucción de los libros que contaban al menos ochocientos años de historia mesoamericana: "Estos libros fueron vistos por nuestros clérigos, y yo aún pude ver restos quemados por los monjes aparentemente porque ellos pensaron que podrían dañar a los indígenas en materia de religión, ya que se encontraban al inicio de su conversión." El fuego cristiano consumió no sólo las propias herejías sino también los paganismos ajenos.

El Nuevo Mundo, novedad territorial apenas relativa a su extracción de unas cronologías e inserción en otra, no tiene una Alejandría que le sirva de metonimia. Sabemos, sin embargo, que a fines del siglo XVII, en la ciudad maya de Tayasal, se destruyeron los últimos ejemplares de esta genealogía libresca. Por fortuna, la figura de Fray Bartolomé guarda memoria de violencias similares ejercidas por los conquistadores sobre los naturales de esas tierras y sobre sus objetos.

El papel, en sus diferentes materializaciones, derivado de lienzos, paños o pasta vegetal, es una superficie de inscripción tan maleable como frágil ante el fuego, el agua o las alimañas. Preservar las letras impresas es tarea ímproba que nunca cesa. La pelea para evitar la destrucción de los libros ocupa muchos frentes: se los cuida del agua y del fuego, del polvo y la humedad, de las condiciones que favorecen la presencia de sus predadores naturales (hongos, roedores e insectos), pero también de los fanáticos que los ven como amenazas, de los censores, de los ladrones.

El papel es un depositario privilegiado de las ideas de los hombres, en su fragilidad reside también su virtud, la posibilidad de su multiplicación. A fin de cuentas, un texto es apenas la fijación de una abstracción, sea mediante un procedimiento caligráfico, que de ordinario llamamos escritura, o por la presión de unas tipografías entintadas contra el papel, de donde viene la etimología que describe la función que da nombre a la máquina que conocemos como imprenta. A la conservación por preser-

vación, encuadernada, en anaqueles, en bibliotecas, se agrega su conservación por redundancia: multiplicamos los libros en copias manuscritas, en tiradas de ejemplares, en reediciones, en fotocopias, en digitalizaciones. Pero siempre nos persiguen los fantasmas de Alejandría y de Tayasal, de las piras de libros del Opernplatz en Berlín y del III Cuerpo de Ejército en Córdoba, del presbítero Tomás de Torquemada, del canciller Li Si de la dinastía Quin y del destituido General de División Luciano Benjamín Menéndez.

LEER Y ESCRIBIR

Gabriela Halac

Febrero de 2017

En el mismo momento que aprendía a leer libros como *Hansel y Gretel*, *Pulgarcito*, *Caperucita Roja*, *Blanca Nieves* y los *Tres Chanchitos*, cuando me preguntaba, luego de haber leído, qué era un frijol y si alguien me ayudaría a conseguir uno para plantarlo en el patio de casa, los padres de Tomás enterraban sus libros y mi padre quemaba los suyos. Esa sincronía entre ingresar al placer de la lectura, y conocer los acontecimientos trágicos que involucraban a nuestros padres y sus libros, fusionaron muchos sentimientos que se sintetizaron en uno: la pasión por los libros. A partir de aquí, fuimos niños que además de tener una biblioteca convencional en sus casas, teníamos una biblioteca ausente.

Esos libros devinieron sin cuerpo, objetos de la desmaterialización, imágenes de la violencia, símbolos de la utopía y víctimas del deseo de nuestros padres por sobrevivir.

Recién ahora puedo formular esta pregunta: Esos libros, ¿habían desaparecido verdaderamente?

Si bien teníamos razones para el pesimismo¹⁶, ambas bibliotecas insistían en reaparecer y seguir edificándose en nuestra imaginación. Protagonistas de una escena dantesca en el caso de la biblioteca quemada e inspiradora de múltiples fantasías y deseos de buscar los libros que aún estaban bajo tierra.

*

Un libro es un objeto extraño. Su materialidad no guarda una relación estricta con lo que contiene, ni con lo que representa. Desborda su domesticada apariencia, su convencionalidad extrema donde cada una de sus partes tiene una función, un lugar. Un libro condensa un contenido

16 Dardo Alzogaray había intentado desenterrar la biblioteca en 1984 y constató entonces el mal estado de los libros, lo cual nos podía llevar a suponer que más de treinta años después de ese suceso no quedara nada.

que no es la información que está inscrita en sus páginas. Y de la misma manera, la destrucción que se inscribe en su materia trasciende el objeto, destruye muchas cosas:

- la destrucción de las ideas
- la destrucción de un autor
- la destrucción de la memoria de los pueblos
- la destrucción de la libertad de expresión
- la destrucción de la historia de esos objetos
- la destrucción de un edificio de pensamiento
- la destrucción de las subjetividades
- la destrucción de la diversidad
- la destrucción de la imaginación...

*

No se si lo soñé o si se trata de ese tipo de recuerdos familiares de los que uno apropia como si fuera el protagonista de los hechos. Es la imagen de mi padre en la casa de campo de Agua de Oro arrojando libros al hogar del living. La historia cuenta que eran tantos que la quema duró muchas horas y que los hierros del hogar quedaron al rojo vivo. Yo puse esa historia al lado de una fecha: 24 de marzo de 1976. Ese fuego fue más perturbador cuando en el año 2013 mi padre me aclaró la fecha del suceso: 1963.

*

El primer libro que le pedí a mi padre, en una librería de la calle Dean Funes, fue uno de arqueología. Tenía tapas duras y era de color rojo con una imagen pequeña de alguien excavando debajo de la palabra "Arqueología" escrita en tipografía con serifa en un cuerpo bastante grande. Ese libro no era para niños, pero yo lo quería porque por alguna razón que en este momento no recuerdo, quería ser arqueóloga. Orgullosa del regalo

que me había hecho mi padre, llegué a casa con el libro adentro de una bolsa e inmediatamente intenté leerlo. Me resultó imposible comprender la información que contenía: el libro era, para mis cortos siete años, indescifrable. Sin embargo volvía a intentarlo una y otra vez. Con el transcurso de mi insistencia desarrollé una técnica de lectura que consistía en mirar las palabras y las formas que estas construían en la página. Las palabras iban rebotando unas contra otras y algunas se quedaban pegadas entre sí.

*

Un libro desaparecido es un libro que se sigue escribiendo, deja de preservar el contenido de sus páginas para dar lugar a la memoria sobre los hechos que llevaron a su destrucción.

La Biblioteca Roja. Brevísimas relaciones de la destrucción de los libros no comenzó hace tres años, comenzó en nuestra infancia. Es un proceso que mueve la tierra, pero también sustratos de nuestra formación como personas. Quizás en esta historia está la respuesta de por qué Tomás trabaja en una biblioteca y sus obras están hechas en cuadernos, de por qué Agustín se dedica a pensar la materialidad y la inscripción de los textos como tema de indagación académica y por qué yo me dedico a escribir, construir libros y moverlos por el mundo.

*

Un libro desaparecido es un libro que se sigue escribiendo, deja de preservar el contenido de sus páginas para dar lugar a la memoria sobre los hechos que llevaron a su destrucción.

Exhumación

Día 1. 7 de enero de 2017

Comenzamos la tarea a las 9 de la mañana. La primer zona a excavar es el fruto de una caminata por el patio que hicieron Liliana y Tomás. El Equipo Argentino de Antropología Forense diseña la cuadrícula con

¿Hay que dejarlos ahí?

El movimiento es más real que la inmovilidad, que la transformación de las cosas está más cargada de enseñanzas quizás que las cosas mismas²².

Decidimos exhumarlos.

Vivo transportando libros, cajas llenas de libro y me asusta la liviandad con la que me encuentro. Son libros pluma, leves, vacíos y místicos.

Lo que vemos son vestigios, restos cargados de tiempo, la estética y la experiencia de las ruinas de cuerpo presente.

¿Es la destrucción de esos libros? ¿O la conservación de lo que pasó con ellos? ¿Estamos ante una forma de supervivencia?

Todo el sistema de representaciones sobre lo que es un libro queda desestabilizado, hundido en la fragilidad de estos objetos que no queremos apenas tocar por miedo a que se desplomen o se desintegren. Lo que se puede leer ya no es lo que está escrito en ellos. Ahora tenemos una biblioteca desenterrada, la historia de una destrucción de los libros que no admite síntesis ni formas fijas para nombrar.

22 George Didi-Huberman, "Arde la imagen" *Servieve* 2º 12